

RESEÑA:  
"ABORDAJES. SOBRE COMUNICACIÓN Y CULTURA."  
MÉNDEZ RUBIO, ANTONIO (2019).  
TEMUCO (CHILE): UNIVERSIDAD DE LA FRONTERA, 231 PP.  
ISBN: 978-956-236-374-7

Ana-Clara Rey Segovia  
Universitat de València, Valencia, España  
[a.clara.rey@uv.es](mailto:a.clara.rey@uv.es)  
ORCID ID: <https://orcid.org/0000-0002-9403-4185>  
<https://doi.org/10.4067/S0718-48672020000100245>

Recibido el 26 de mayo de 2020

Quizá hoy, más que nunca, la necesidad de abordar los cruces entre cultura, comunicación y poder, sus peligros y sus posibilidades, sea más urgente que nunca. Si hace unos años fue la crisis económica y financiera, leer a Antonio Méndez Rubio hoy, en tiempos de un confinamiento obligatorio respaldado en la imperiosa necesidad de asegurar la supervivencia colectiva, permite la apertura de un espacio de parón reflexivo necesario y, hasta cierto punto, inevitable. Estar solos, que no estar aislados, supone una oportunidad para plantearnos nuevas maneras de asaltar la nave, con la mirada atenta pero conscientes de nuestra (semi) ceguera, cual piratas.

*Abordajes* es, así, un llamado a la acción que parte del desconcierto, la confusión y, podríamos decir incluso, de la desesperación. Un llamado que nos proporciona, paradójicamente, un mapa orientador del mundo y de nuestra propia angustia de ser (y estar) en él. El autor lo aborda así, sin clausuras ni reducciones, como un conflicto acerca del cual no hay salidas únicas ni, quizá tampoco, claras. Como un lugar de encuentro que permita pensar y (re)inventar nuevas formas de mirar(nos), interactuar y crear. Como el mismo autor reconoce, se trata de un intento por "volver productivas" las inseguridades que surgen del cruce entre lo social y lo cultural, entendido esto último como la dimensión simbólica de la práctica social (Méndez, 2019: 15).

El libro se organiza bajo estas mismas premisas: pensar, (podríamos decir) sentir y actuar. Para ello, nos propone primero reflexionar acerca de la relevancia de la crítica cultural, reivindicando el lugar de los estudios culturales en este panorama, para luego sumergirnos en la compleja y siempre problemática relación entre ideología, cultura, crisis y subjetividad, avanzando en tesis ya abordadas en obras anteriores. A partir de aquí, nos invita a "aprender a mirar", reivindicando el potencial pedagógico de la cultura y de la comunicación audiovisual como "arma de doble filo" que reproduce al tiempo que hace peligrar el mantenimiento del orden social.

Partiendo de los mundos ideales, *eutópicos*, de Disney, el libro nos propone repensar la relación entre imágenes, imaginación e imaginario, para, desde ahí, reflexionar acerca de la función política (y poética) de las primeras en relación con nuestra mirada hacia el mundo, hacia el *otro* y hacia nosotros mismos. En este sentido, el autor plantea la necesidad de una crítica del espacio social, entendiéndolo como el terreno fértil para la *praxis*, como un potencial lugar desde el cual derribar el muro de ese *gran interior* capitalista que amenaza con engullirlo todo, incluyendo, también, la vida cotidiana.

Al hilo de esto, Méndez Rubio vuelve a poner sobre la mesa uno de los interrogantes que atraviesan buena parte de su obra; la posibilidad de que el fascismo no sea un fenómeno aislado, reducible a las categorías propias del historicismo, sino que —como producto de la modernidad— haya conseguido (in)filtrarse en el sistema capitalista y, más concretamente, en el orden neoliberal actual. El *fascismo de baja intensidad* (Méndez, 2012; 2017) no se apoyaría ahora tanto en las formas represivas y autoritarias *clásicas* del fascismo moderno, como en aquellas inherentes a los mecanismos del mercado y, por ende, de la cultura masiva como modo de producción cultural industrial, mono(ideol)ógico, invisible, ilimitado y, por tanto, total. Este planteamiento atravesará toda la propuesta de *Abordajes*, de un modo casi subterráneo, de manera que aún en los momentos en los que no lo explicita, nos resuena constante, como un eco o una música de fondo.

El autor lo evidencia, no obstante, en varias ocasiones. El capítulo titulado “Política del Ruido” es probablemente uno de los más atractivos en ese sentido. A partir de la reivindicación de un entendimiento de la música como práctica social —práctica en la que los cuerpos y las relaciones entre ellos cobran una relevancia analítica indiscutible— nos propone abordar el potencial del ruido como “fuerza subversiva” (Méndez, 2019: 156), reflexionando así sobre su lugar en la vida en común y, por ende, en lo político. De esta manera, la música se convierte en un espacio más en el que librar la batalla por la hegemonía; espacio en el cual el conflicto y la crisis social se vuelven asuntos ineludibles.

Entendido así, ruido y movimiento funcionarían a modo de interferencias en la aparente musicalidad armónica del orden social imperante. El autor defiende el papel de la cultura popular en esto último, entendida ya no como mero folclore o tradición, sino como espacio dialógico, de encuentro y creación. Desde los orígenes del *rock and roll* y el *jazz*, hasta el *hip-hop* y el *after-punk* (pasando, por supuesto, por otros ejemplos paradigmáticos como el *r&b* o el *rock progresivo*), Méndez Rubio evidencia el papel disruptivo del ruido y su potencial fuerza demoledora de las fronteras entre interior (capitalista) y exterior (subalterno).

Es muy sugerente cómo este análisis de lo musical le permite al autor adentrarse, de forma no menos provocadora, en reflexiones respecto a temas como el fascismo, el aislamiento, la comunicación y la soledad. Sobre este último punto, y retomando

(si es que alguna vez abandonó) la cuestión de la crisis como eje del análisis, el autor se apoya en autores como Michel Foucault o Byung-Chul Han, para defender —como este último— el pasaje de una concepción del poder basado en el control *biopolítico* de nuestros cuerpos y de nuestras vidas, a una más *psicopolítica* (Han, 2014: 117) que, en la era del *selfie* y del *coaching*, se traduciría en la capacidad del sistema para colonizar nuestra subjetividad a través, sobre todo, de las nuevas tecnologías.

La atención a lo que sucede a este nivel en las redes sociales se vuelve, pues, indiscutiblemente necesaria en el intento de comprender los cruces entre los nuevos modos de producción (económico y cultural) y malestar (social e individual). Ante el “¿qué estás pensando?” de *Facebook* y el “¿qué está pasando?” de *Twitter* o, en otras palabras, ante la invitación a compartirlo y anunciarlo todo para conseguir así más *followers*, la tecnología condena a la comunicación a quedar reducida a una mera “lucha por el reconocimiento” (Méndez, 2019: 193).

Estaríamos así frente a una “crisis general de la comunicación” (Méndez, 2019: 191), es decir, ante una crisis de la construcción de lo común que dejaría en evidencia la precariedad de la vida cotidiana. De esta manera, se vuelve más necesario que nunca repensar las conexiones entre comunicación y soledad, entendiéndolas fuera de estas dinámicas que nos arrastran al aislamiento. Se trataría, pues, de atender a su dimensión política, de escucha y de (re)encuentro con el otro (comunicación), y poética, de escucha y (re)encuentro con uno mismo (soledad).

Esta reflexión es la que nos plantea el autor al final de este abordaje. De ahí que la toma de consciencia de nuestra propia vulnerabilidad, lejos de arrastrarnos al miedo y a la desaparición en la masa, debería tomarse como un llamado a la creación de nuevos lazos con otros sujetos vulnerables, para (re)conocernos en nuestro dolor. Repensar la soledad sería entonces una forma de repensar la vida en común, de politizarla, abrazando el conflicto como una manera de abrir nuevas brechas por donde pase la luz. En definitiva, parar a pensar, a mirarse y a mirarnos, para crear nuevos lenguajes a partir de los cuales imaginemos nuevos mundos.

Quizá solo así, aprovechando las circunstancias actuales, podamos cuestionar la vuelta a la normalidad que se esconde detrás de esta “nueva normalidad” post-pandemia. Asaltar la nave, abordarla para (intentar) transformarla, supone una oportunidad para replantear la utopía como verbo, evitando el repliegue y la clausura a los que nos somete el propio lenguaje.